

Carlos E. Miranda
Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Letras

“LA EXPERIENCIA Y LA FILOSOFIA EN AMERICA LATINA”

“Ningún filósofo ha sido un espíritu
puro, ninguno ha estado desligado
de su tiempo y de su patria”.

RAYMOND ARON

Con cierta frecuencia solemos plantearnos, en ámbitos académicos de América Latina, la cuestión acerca de si existe o no existe propiamente una filosofía latinoamericana. Esta es, sin duda, la atormentadora pregunta de fondo que subyace bajo las otras que con tanta reiteración nos formulamos: ¿qué es la filosofía latinoamericana?, ¿quiénes son sus representantes más destacados?, ¿qué piensan éstos?, ¿cuáles son los temas peculiares de que se ocupan los filósofos de estas tierras, es decir: qué es lo que caracteriza al pensar latinoamericano y hace de él algo diferente del pensar de otras latitudes?

Bajo estas preguntas, y otras semejantes, hay la búsqueda apremiante, angustiosa casi, de una originalidad. Sin embargo, la misma reiteración con que tratamos de determinar las características esenciales y diferenciadoras de nuestro pensamiento filosófico latinoamericano, ¿acaso no nos está revelando el sinnúmero de dudas que nos agobian respecto de la pregunta originalidad de nuestro pensamiento? Más aún: ¿acaso cuando logramos dejar de lado el problema de la originalidad, no permanece siempre viva la duda que nos lleva a cuestionar la existencia misma de un pensamiento propio?

Cada vez que este tipo de preguntas es planteado, se suscitan encendidas y apasionadas polémicas, en las cuales podríamos, quizás, encontrar por lo menos el germen de aquello cuya existencia es tan cuestionada.

Entre nosotros, este debate ha tenido una nueva manifestación a raíz de diversas declaraciones de Joaquín Barceló, en las cuales negaba la existencia efectiva de una filosofía latinoamericana. Humberto Giannini, en un hermoso artículo publicado en el número anterior de nuestra REVISTA DE FILOSOFIA, pretendió impugnar las aseveraciones de Barceló, sin que, a mi juicio, lograra su objetivo.

En mi opinión— influida quizás por el respeto intelectual que ambos me merecen en cuanto han sido apreciados profesores míos—, ambos están en la razón, lo que resulta posible porque hablan de cosas diferentes. Barceló se ha referido al ser —o mejor dicho: a la falta de ser— de la filosofía latinoamericana, y Giannini ha escrito sobre el deber ser o las condiciones de posibilidad de la misma.

Con el fin de integrar los aportes que cada uno de ellos ha hecho al debate en cuestión, creo necesario explicitar la compatibilidad que en realidad existe entre su posiciones, aparentemente divergentes. Para ello, partiré asumiendo, de modo hipotético, una posición muy cercana a la defendida por Joaquín Barceló, y más adelante rescataré al postulado básico de Humberto Giannini, relativo al tema fundamental del que deberían ocuparse los filósofos latinoamericanos; tema acerca del cual han reflexionado siempre los verdaderos filósofos; la propia experiencia.

Así pues, propongo que consideremos —a modo nada más que de simple hipótesis— la siguiente postulación: que no hemos sido capaces, aún, de elaborar un pensamiento tal que merezca con propiedad ser catalogado como “filosofía latinoamericana”.

Me hago cargo de la molestia que esta insolente hipótesis puede provocar, pero examinemos serenamente el asunto y procuremos despojarnos de apasionamientos y prejuicios que sólo pueden ser alienantes y distorsionadores de la realidad que pretendemos esclarecer. Tratemos, pues, de determinar la falsedad o la verdad de la hipótesis propuesta. Si, como resultado de nuestro examen, la razón y los hechos nos indican que debemos rechazar la hipótesis debido a su manifiesta falsedad, sólo habremos perdido unos cuantos minutos, tras los cuales podremos continuar filosofando “latinoamericanamente”: en efecto, si ya lo hemos hecho y/o lo estamos haciendo, tras alejar esta duda importuna que nos hemos planteado, podremos seguir, quizás más confiadamente, la trayectoria ya trazada. Si, por el contrario, nos inclinamos por la verdad de la hipótesis enunciada, porque ésta nos parece corresponder a la realidad, entonces estaremos en mejores condiciones en orden a establecer las verdaderas posibilidades de elaboración de una filosofía latinoamericana.

Ante todo, quiero precisar que creo posible concebir, en principio, la existencia eventual de una filosofía latinoamericana. Por esto, me parece que eluden el verdadero problema sobre el que ahora estamos reflexionando, quienes señalan que preguntarse por una filosofía latinoamericana es plantearse una pregunta irrelevante o un falso problema ya que la filosofía es siempre universal —es decir, es filosofía a secas— o no es filosofía.

Esta respuesta puede ser efectiva, y también es, por cierto, "efectista"; pero en último término no zanja ninguna de las dificultades implícitas en el problema que estamos debatiendo. Discrepo, pues, de esta posición universalista, porque estimo que la filosofía sólo tiene valor en la medida en que, habiendo partido de la realidad, tiene por meta regresar a ella para darle un sentido renovado, o, como dice Humberto Giannini, la filosofía "es una reflexión 'fundada' en la experiencia"¹.

En otros términos, toda filosofía surge del esfuerzo reflexivo de hombres concretos, de carne y hueso, que han nacido en un lugar determinado y en un determinado momento histórico. Lugar y tiempo comunes a los de muchísimos otros hombres que no han de realizar en el transcurso de sus vidas ese esfuerzo intelectual propio del filósofo, cuya más alta misión consiste en esclarecer a los demás hombres ese mundo, esa realidad, esa experiencia que comparte con ellos. En palabras nuevamente del mismo Humberto Giannini: "la filosofía *en todo momento* debe llegar a ser la conciencia más diáfana, más rigurosa y, tal vez, más personal de aquella experiencia común, latente en un tiempo y en un horizonte físico determinados"². Pero, por cierto, el filósofo sólo será capaz de llegar a cumplir su peculiar tarea en la medida en que, para emplear los términos de Raymond Aron³, no se sienta un "espíritu puro", es decir, universal y atemporal, sino que se sienta profundamente ligado, comprometido con su tiempo y con su patria. A partir de estas premisas, me parece legítimo hablar, por ejemplo, de una filosofía griega o de una filosofía norteamericana y también, eventualmente, de una filosofía latinoamericana. Tales filosofías tienen o tendrán una dimensión universal sin que ésta implique el ocultamiento de su origen necesariamente particular.

Ahora bien, a pesar de considerar salvada esta cuestión previa, creo conveniente, no obstante, examinar todavía por qué no hay mayores dificultades para reconocer que existen una filosofía griega o una filosofía norteamericana y sí los hay, en cambio, para reconocer la existencia real de una filosofía latinoamericana.

Para hacer más fuerte y clara la contraposición que pretendo poner de manifiesto, voy a ilustrarla con el breve examen de un solo ejemplo, para lo cual me valdré del paradigma que Platón nos proporciona.

¹ Humberto Giannini: *Experiencia y Filosofía*. Revista de Filosofía, Vol. XVI, N^{os}. 1-2, 1978, p. 29.

² Humberto Giannini: *op cit.*, p. 31.

³ Raymond Aron: *El opio de los intelectuales*. Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967, p. 143.

Podemos aseverar, en efecto, sin temor a que nadie se atreva a impugnarlos ni a discutir siquiera, que Platón es un filósofo griego. Designar, en cambio, a algunos de nuestros más relevantes pensadores como "filósofos latinoamericanos", es algo que nos hace siempre vacilar, porque lo más probable es que alguien nos salga al paso mostrándonos que tal determinado filósofo bien puede haber nacido en alguno de los países que integran la América Latina, pero su pensamiento nada tiene de latinoamericano. O, inversamente, que tal otro pensador sí está preocupado de los problemas latinoamericanos, pero que no es un filósofo sino un sociólogo, o un antropólogo, o, en fin, un "cientista" social; o quizá aún más notablemente, un novelista. En una palabra, pareciera que los términos *filósofo* y *latinoamericano* no pueden entrar en conjunción como pueden hacerlo los términos correlativos *filósofo* y *griego* cuando nos referimos a Platón. Y la razón de ello no es sino la siguiente: cuando decimos que Platón es un filósofo griego, todos los términos de nuestra proposición tienen un significado que nos parece preciso y adecuado porque Platón es efectivamente un filósofo, es decir, un pensador cuyas reflexiones tienen proyecciones universales, y es griego, no sólo porque nació y vivió en Grecia y pensó en griego, sino que, además, su pensamiento se generó en *su* Grecia, trató de comprender qué era y cómo era *su* ciudad y, con el propósito de que ésta, su ciudad, llegara a ser como él estimaba que debía ser, elaboró toda su filosofía. Por cierto, es completamente erróneo imputar a la metafísica de Platón un "alejamiento de la realidad". Por el contrario, las raíces de la metafísica platónica se hallan fuerte, hondamente adheridas a la realidad concreta de su tiempo y de su ciudad. En efecto, la situación política e intelectual imperante había hecho posible que se cometiera lo que Platón consideró un crimen de monstruosa injusticia: la condena y la muerte de su maestro Sócrates. Fue contra esa situación que Platón emprendió la lucha a la que dedicó su vida y en la que empleó la mejor arma que poseía: su genio filosófico. Pero como Platón nunca dejó de ser un político frustrado, según podemos comprender leyendo su melancólica *Carta VII*, todo su sistema metafísico, pleno de valores absolutos y trascendentes, no tiene otra finalidad que cimentar en la teoría la más fuerte oposición práctica al pernicioso relativismo cognoscitivo y axiológico generado en las influyentes enseñanzas de los sofistas.

Y es por esto que hablamos con propiedad cuando decimos que Platón es un filósofo griego. Es griego porque parte de su realidad en sus reflexiones y éstas, en su desarrollo, alcanzan la universalidad de toda auténtica filosofía.

He querido ilustrar lo que pretendo señalar tomando como ejemplo y paradigma al primer gran filósofo de la tradición a la que pertenecemos, querámoslo o no. Este modelo nos revela por qué nos es tan extremadamente dificultoso encontrar entre los pensadores de nuestras tierras verdaderos e indiscutibles *filósofos latinoamericanos*. Y al decir esto no estoy apuntando, por cierto, al hecho de que a lo largo de toda la historia de la filosofía encontramos muy pocos genios filosóficos a la altura de Platón, si es que en verdad encontramos alguno, de manera que es obvio que no sería sino una vana pretensión el querer hallar en nuestro continente, carente de una genuina tradición filosófica, una de esas necesariamente escasas figuras cimeras de nuestra disciplina.

Así, pues, las razones por las cuales no es fácil hallar auténticos filósofos latinoamericanos han de ser otras.

En América Latina son muchos quienes se han dedicado y se dedican seriamente a la filosofía, estudiándola y comentando los textos de la tradición o de la actualidad filosófica. ¿Pero se ha hecho y se hace actualmente filosofía, al modo como nos enseñaron a hacerla hace veinticinco siglos los griegos, sus iniciadores y creadores? O, para volver al ejemplo anterior, ¿hemos hecho o hacemos ahora filosofía latinoamericana al modo como Platón, guardando todas las distancias que la medida aconsejaría guardar, hacía filosofía griega? Ciertamente, no. Hemos tratado, hasta la obsesión y mientras el tiempo pasa, de establecer las condiciones de posibilidad de una filosofía latinoamericana, a la que hemos intentado definir antes de hacerla realmente. A veces, hemos procurado también definir el “ser americano”, pero siempre lo hemos hecho con un lenguaje ajeno, extraño a nosotros. Platón, en cambio, nunca se preocupó de establecer las condiciones de posibilidad de una filosofía griega, ni de definirla. Simplemente la hizo. Y la filosofía que hizo fue filosofía griega porque de lo que sí se preocupó fue de la realidad en la que estaba inmerso.

La realidad, la propia experiencia: tal es un tema ineludible sobre el que debe volcarse toda reflexión filosófica. Una aseveración como ésta la podemos entender como la manifestación de una suerte de “programa de acción reflexiva”, o bien como la expresión de las tan largamente buscadas “condiciones” de nuestro pensar, o, en fin, de la manera que queremos. Lo importante no es el lugar que metodológicamente le asignemos en nuestra tarea, sino que no la perdamos de vista.

Y es por esto que al comienzo de este trabajo yo declaraba que, en último término, las posiciones defendidas por los profesores Barceló y Giannini me parecían compatibles y que concordaba con ambos. Barceló ha negado la existencia de una filosofía latinoamericana y Giannini ha

escrito acerca de la “condición *previa* para que se produzca una auténtica y continua reflexión en Latinoamérica”. Tal condición sería, dice Giannini: “que América empiece a hablar consigo misma y llegue a reconocerse, más allá de lo que hace la poesía y la novela, en una experiencia común”⁴.

Como Giannini habla de una “condición *previa*” para nuestro filosofar, cabe inferir que también él, como Barceló, niega que se haya iniciado “una auténtica y continua reflexión en Latinoamérica”. En cualquier caso, tal condición no se ha cumplido. Y allí permanece ante nosotros esa “experiencia común”, tan plena de dramáticos problemas de nuestra peculiar realidad, esperando —clamando, diría— por un tratamiento diferente al de los solos economistas o sociólogos.

Es hora ya de que dejemos de preocuparnos del apellido de nuestra supuesta filosofía. Es hora de que nos decidamos, valiente y audazmente, a *hacer* filosofía, es decir, a enfrentar nuestros problemas reales, que es de lo que se ocupa toda auténtica filosofía. Solamente entonces habremos empezado, de verdad, a hacer filosofía latinoamericana. Y cuando esto suceda, como lo ha sugerido Joaquín Barceló, la pregunta por su existencia “no volverá a ser planteada, porque se tornará una pregunta superflua”⁵.

⁴ Humberto Giannini: *op. cit.*, p. 32. (Subrayado mío).

⁵ Joaquín Barceló: *Tradición e innova-*

ción como condiciones para una filosofía hispanoamericana. Cuadernos de Filosofía, Concepción, 1977, p. 180.